

(aah 6797)

000 1791 49

GABRIELA MISTRAL

por

Carlos René Correa

En breves palabras evocamos la figura ilustre de Gabriela Mistral, que naciera en Vicuña el 7 de abril de 1889. Su historia ejemplar irrumpe con "Sonetos de la Muerte", laureados en los Juegos Florales de Santiago, en 1914. La publicación de su primer libro, "Desolación", Nueva York, Instituto de las Españas, la consagra definitivamente.

La profundidad y belleza de sus poemas enriquecen raíces que se multiplican en sus libros posteriores: "Ternura", "Tala", "Lagar", "Motivos de San Francisco", "Poema de Chile", "Lagar 2", obra póstuma recién publicada. La Mistral es asimismo autora de numerosos artículos y ensayos, los principales reunidos en "Recados"-Contando a Chile.

En 1945, ejerciendo el cargo de Cónsul en Petrópolis, recibió la noticia de haber obtenido el Premio Nobel de Literatura, constituyéndose ella en la primera escritora hispanoamericana honrada con tal galardón. En Chile solamente le fue otorgado el Premio Nacional de Literatura el año 1951.

Gabriela Mistral cantó himnos de interpretación y alabanza a las cosas de América hispana e indígena y en muchos de sus poemas exalta sentimientos de humanos dolores y rondas infantiles. Le atraían los temas bíblicos y universales. Y así su poesía de "Viajera errante", como se autodenominaba, concluyó con su muerte ocurrida el 10 de enero de 1957, en un hospital de Nueva York. Escuetamente la anunció en su poema "Luto", de su libro "Lagar", que dice:

"Mi último árbol no está en la tierra,
no es de semilla ni de leño,
no se plantó, no tiene riegos.
Soy yo misma mi ciprés,
mi sombreadura y mi ruedo,
ni dudarle sin costuras,
y mi sueño que camina,
árbol de humo y con ojos abiertos".

Poseyó inspiración creadora, palabra poderosa y verso ceñido al misterio de la materia y el espíritu. Se cumplirá el 7 de abril próximo el centenario de su nacimiento. Por ello volvemos a sus tierras de Vicuña y Monte Grande. A esa piedra que guarda sus huesos silenciosamente, para oír su voz que nos dice:

“Amo las cosas que nunca tuve
con las otras que ya no tengo”.

TRES RECUERDOS DE GABRIELA

por

Antonio Campaña

1

Sólo una vez le hablé, una vez sólo,
su voz era ternura, sol airado,
tajamar para el mal alborotado,
pero presta a morir por un gladiolo.
Sólo una vez le hablé, una vez sólo,
de su voz sale un viento enamorado,
un amor por su gente desatado,
polo de savias puras fue su polo.
No hay otro poeta, rosa blanca,
fiel lluvia religiosa en mis altares,
recio río veloz que amor arranca.
Era su voz la voz, país del sueño,
el país más allá con sus cantares,
rocío que por brujo es nuestro dueño.

2

De sus ojos la luz vuelve encendida,
claror quemando, red, culto de luna,
tuvo estirpe de pájaro su cuna,
la mirada ojiverde estremecida.
Dulzura en luz, carnal gloria caída,
mar en sus ojos grandes de aceituna,
glaucos de verde musgo su fortuna,
faros verdes de mar, fábula ida,
No podré olvidar su ojo agorero,
esa almendra de alga al sol pulida,
su fulgor enemigo de la muerte.

Con el ojo clavado al suyo espero
ir conmigo en su luz, tras de su vida,
a seguir por su mar su hermosa suerte.

3

¿Fue ella hoja en el aire, sed desnuda,
o su morir de amor final sustento?
Su vida sin ovillo a brasa siento,
sinapismo hechizado que me escuda.
Le cardaron la piel a aguja ruda,
pero el mar le entregó su mecimiento,
sus collares de piedra y, junto al viento,
su muerte no la mata y fiel la ayuda.
¿Por qué así el amor le fue robado
si no guardaba el oro bajo el ara
ni tenía más que alondras de su lado?
Trágica gustosa, amorosienta,
sangre que no se borra y nos ampara:
lastimosa de amor paga su cuenta.

EN LA MUERTE DE GABRIELA MISTRAL

por

Eliana Navarro

No quiero ver tu rostro, adorada viajera.
Lo miré tantas veces recortarse
en las altas montañas de mi tierra.
No quiero oír las voces
que lloran por tu ausencia.
No quiero oír el eco
que repite tu nombre
de valle en valle,
de mar a cordillera.

Sólo tu voz,
tu voz quisiera oír
en esta tierra América
donde el dolor del indio
siembra su oscura sementera;
tu voz, que sola basta
para llenar el mundo
como un candente manantial,
que es dulce
para dormir a un niño.

Tu lengua del amor,
la dolorida, la extasiada,
llama de transfiguración,
la que tiñó con sangre tus estrofas
y te dejó por siempre
clavada en su fulgor.

Ahora, no digamos.
Escuchemos al viento
quebrar junto a los trigos su sollozo,
porque no está tu acento.

Ahora, no digamos.
Escuchemos sólo al silencio,
única voz que puede
responder a tu verbo.

Escuchemos subir de las vertientes
ese sordo clamor de letanía
porque ya nunca sentirán tu beso,
y entre los altos pinos, junto al mar,
¡Escuchemos!

MIRANDO A GABRIELA

por

Fernando González-Urizar

Algo tienen sus aires de sed y desvarío
(Ninguna fue más reina, ni en Copán ni en Arauco,
que Lucila en su reino de espinas y locura).

La oscuridad incuba serpientes y murciélagos
y bruñe de oro sólo los párpados atroces.
¿Judía, india, mestiza, aymara o vasca, acaso?

¿Implora por oficios, materias, criaturas?
Porque reza su espíritu, el lampo que musita
la luz, ¿que alta la ciñe de plumas pasajeras.

Amarga ola revienta. El sayal que la cubre
cilicio más parece que grácil vestidura
de la carne que exulta debajo de lo tosco.

Y aun vestida de llagas y lágrimas parece
hermosa cual enigma, estatua que levita
y en mis ojos sonrío, y el mar está con ella.

¿Esconde aún su fuerza o un gajo de guijarros
le raspa los resuellos? Higuera sabia, calla
o da frutos de pasmo, acíbar que se masca.

Lengua terca tan suya, de añejos castellanos.
Ordena largos reinos, saudades la sollaman
de gracia, de riqueza y de sabiduría.

Arrullos y recados dan su pulpa más dulce,
la almendra verdadera, el faisán del encanto,
la olinolá que suelta su trenza de perfume.

¿Gabrielas o Lucilas? Para mí se confunden:
la desasida, la otra, el vinagre, el aceite,
la sal, el pan, el agua, la nieve que anticipan.

Marta y María juntas, las dos en desatino:
mirada siempre alerta, claridad que se busca
y nombra sus ancestros, Monte Grande, El Mayab.

Vicuña temblorosa de la noche profunda,
cabra y risco del salmo, tronar de Jeremías,
ciprés lento, alzada de la luna creciente.

También masco tinieblas, la misma sed me acucia,
como tú, pordiosero de siempre y de nuncas,
la patria, apenas madre, y a veces la madrastra.

En río de cien años te vuelvo: eres el Elqui
milenario y cautivo que transcurre moroso
y en él vas constelada de montes y de lunas.

Pastora de mis cielos errantes, ay, Gabriela,
te invoco solitario; eres la luz que triza
los ojos del que llora la madre que ha perdido.

GABRIELA MISTRAL

por

Francisca Ossandón

Todo lo que yo pueda decir
es mínimo
frente a cuán grande
ella es.

Sueltos los brazos, descuidada,
duerme la rebelde
vagabunda
solitaria.

Trepa gradas de piedras.
Deambula
con máscara de piel
en este portal extraño
que toda tierra clava.

La majestad de sus sentidos
va perdiendo los reinos
uno a uno.

Gustan todavía, la sal
su labios ciegos?
Se detienen las manos
en un bregar sin término?
Vagan sus cabellos
enredados

En peines de silencio?
Abre surcos infinitos
que ha de regar
el laurel
de su sangre.

RONDA A GABRIELA MISTRAL EN UN
INVIERNO TRAGICO

por

Jorge Jobet

En tus piedras, Gabriela,
no hay humedad de río,
el Elqui es un estero,
tú lo sabes conmigo.

Jamás retoca y lame
la lluvia tu granito
y sólo los dolores
iluminan tu nicho.

La luna está tan baja
que parece de harina,
y viene como siempre
a conversar contigo.

Bailemos en el corro
de escolares sin ruido,
y alterna con nosotros
en comparsas difíciles.

No te enojés, señora,
si un tábano te pica,
son cosas que suceden
en los jardines bíblicos.

Te invito a mi desastre
que no pierde su ritmo,
con tu valle de paltos,
higueras y diaguitas.

Dame tus ojos verdes,
tu corazón de Chile,
y a celebrar, maestra,
la ronda de la vida.

aa h 6825

A GABRIELA MISTRAL

por

María Elvira Piwonka

La conocí solamente a través de su obra. ¿Hay manera más bella de conocer al poeta? Y ahora, mientras dure mi tránsito, seguirá siendo para mí un símbolo.

Y no una encarnación; tendrá la maravillosa amplitud de lo irreal y no la menguada limitación de un cuerpo. Sólidas e inmensas cualidades la adornaban, pero, por muy alto que sobresalga una personalidad entre sus semejantes, al fin y al cabo es humana y como tal, irremediabilmente encadenada al tiempo; en cambio, la creación artística, cuando es de jerarquía, tiene el soplo escalofriante de la perfección atisbada y eterna.

Y yo la conocí en la valentía desgarradora de sus sonetos, en sus impresiones de hembra atribulada, en su áspera dignidad de mujer fuerte, en la rebelión potente y en su débil mansedumbre. La conocí en la ternura triste de sus rondas, en su cálida generosidad de maestra y en la patriótica geografía de sus recados.

Con maravillada emoción agradezco a Gabriela Mistral el don de su cántaro que seguirá prodigando agua de belleza por los siglos de los siglos.

RECORDANDO A GABRIELA MISTRAL
EN SU CENTENARIO

por

Antonio de Undurraga

1/. En 1953, en la revista "La Nueva Democracia", de Nueva York, publiqué mi trabajo ¿Fueron doce los sonetos de la muerte? Basé la suposición en el hecho de que poseo el autógrafo de uno que figura como el Undécimo, y fechado en 1909. Por la lápida de Romelio Ureta Carvajal que se suicidó el 26 de noviembre de ese mismo año y que fue su amor, hemos podido saber que todos surgieron en un breve lapso, tal vez el mes de diciembre de ese año 1909, o sea, a los 20 años. Era una señorita ordenada con esquelas que llevan su nombre: Lucila Godoy, impreso. La investigadora japonesa Sakito Tamura me dijo que en total fueron trece, pero sólo dejó cuatro. El que yo poseo pasó a llamarse "La condena" e integró una página de su libro "Desolación".

2/. En la ya citada revista de Nueva York, en 1957, escribí mi artículo "Gabriela Mistral, la Gran Juglaresa" en que di a conocer su formación fundada en los dramaturgos griegos, en especial Sófocles, y cómo se reserva para ella el papel de Antígona, la mujer fuerte que rescata a su hermano muerto. Este trabajo tuvo mucho eco en América central. Y toda esta formación la hizo en una lejana provincia del norte de Chile.

3/. En mi gran antología "Atlas de la poesía de Chile" (con 92 poetas), destacué juicios de Julio Mercado y Max Daireau, francés, que la ubica como católica, pero no muy adicta al Vaticano. Ahí destacué sus poemas: "Al oído de Cristo", "El ruego", "Balada", "Nocturno", "Los sonetos de la muerte", "Cordillera", "Todas íbamos a ser reinas", "Canción de las muchachas muertas", "La madre granada", y "Recado de nacimiento para Chile". La antología aludida apareció en 1958, y el editor la tuvo retenida seis años.

4/. En un anuario del *Pen Club de Chile* publiqué el artículo en que pruebo la influencia del poema "Viernes Santo" y otro de Gabriela Mistral sobre *Mariposa de otoño*, de Neruda. Ambos tuvieron una gran predilección por Tagore;

y la Mistral por "Gitanjali", o sea, la filosofía tagoriana. En cierto viaje a Chile, Gabriela llegó vestida como a lo hindú. Existe una fotografía sobre el particular.

5/. Carlos Pellicer, el gran poeta mexicano, me mostró en Guanajuato una fotografía de la Mistral dedicada a él. Era de Molina Lahitte, con una mano pegada a la mejilla. Después la imitó Neruda en igual pose y con el mismo fotógrafo. Matilde Ladrón de Guevara la reproduce en un libro sobre Gabriela con cartas de ésta, desde Italia. Me extrañó que la poetisa apareciera como una mera ama de casa.

6/. Con motivo de la muerte de Gabriela Mistral, el muy señalado Domingo Melfi, que dirigía entonces la revista "Atenea", me honró con la necrología de la poetisa, grandeza no fácil de comentar.

7/. Hay hombres y mujeres fundamentales que supieron admirarla, que la apoyaron y lanzaron su obra. Ellos y ellas fueron: Federico de Onís, que en Nueva York publicó "Desolación"; José Vasconcelos, el filósofo de la Raza Quinta (la de América), que la llevó a México en tareas culturales de gran honor y trabajo, como lecturas para las madres mexicanas; Palma Guillén, la educadora mexicana a la cual Gabriela le dedicó su libro "Tala"; Laura Rodig, la escultora; Manuel Guzmán Maturana, que publicó poemas suyos en un gran libro de lecturas escolares, Doris Dana y Pedro Aguirre Cerda, autor de dos libros básicos sobre Chile, a fin de que este país siguiera el ejemplo de democracia y trabajo de Dinamarca. El libro "Desolación" de Gabriela Mistral está íntegramente dedicado a Pedro Aguirre Cerda, diciéndonos que gracias a él vive "una hora de paz". Esa paz que hizo posible el desarrollo de la gran poetisa.